

APACHITA 5

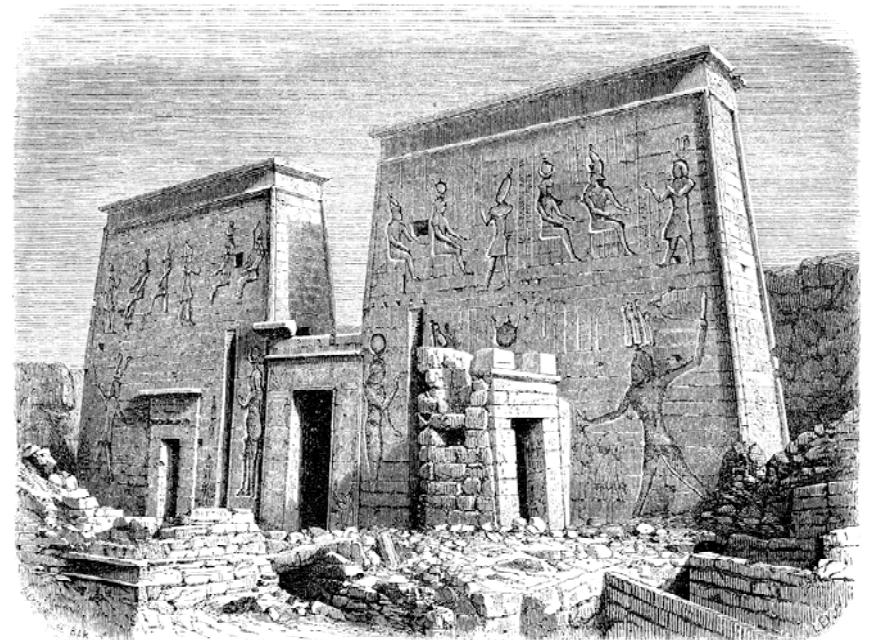
ENERO 2006

BOLETÍN DEL ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR



Area de Arqueología
Escuela de Antropología
Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito

Portada: Pilonos del templo de Isis en la isla de Filae. Tomado de "Voyage en Egypte",
por MM. Henri Camas y André Lefèvre, *Le Tour du Monde*, 1863, Primer Semestre, p. 215.



APACHITA, N° 5, enero de 2006

Ernesto Salazar, editor

esalazar@puce.edu.ec

Indice

Huaquería, coleccionismo y destrucción de sitios arqueológicos <i>Florencio Delgado</i>	3
Los obeliscos egipcios, obsesión occidental <i>Andrea Yáñez A.</i>	5
La aldea precolombina de Bandurria, Huacho, Perú <i>Alejandro Chu</i>	7
Los constructores de montículos de los Llanos venezolanos <i>Estanislao M. Pazmiño T.</i>	8
La cita de Apachita	10
El camino inca de la Costa. Tramo Paredones-Puerto de Bola <i>Julio Mena Tapia</i>	10
Los arqueólogos y la protección divina <i>Ernesto Salazar</i>	12
El Quinche <i>Oscar Cajas</i>	15
Robert E. Bell (1914-2006) <i>Ernesto Salazar</i>	16
Donaciones. Noticias frescas.	17
Escenarios antiguos	18



Huaquería, coleccionismo y destrucción de sitios arqueológicos

Florencio Delgado

La ciencia arqueológica se inició en Europa con el afán coleccionista de los siglos XVII y XVIII, cuando acaudalados miembros de la aristocracia organizaban campañas hacia el Medio y Lejano Oriente, en busca de monumentos y piezas arqueológicas para alimentar sus colecciones privadas. Ya en el siglo XVIII, en Dinamarca, Thomsen diseñó un procedimiento sistemático para organizar materiales museológicos y, desde entonces, el valor monetario de las piezas arqueológicas ha quedado ligado a su antigüedad.

En Norteamérica, fue más bien el afán conjunto de museos e instituciones académicas que permitió la inserción de la investigación en la formación de museos. En cambio, en América Latina y especialmente en el Ecuador, surgió un personaje híbrido, el coleccionista, que pretendía, él sólo, coleccionar y hacer ciencia. Los coleccionistas eran al mismo tiempo “académicos” y “empleados”

de los museos institucionales para los que recolectaban piezas arqueológicas, si no lo hacían, en el peor de los casos, para sus museos privados.

En la actualidad, el estudio de la arqueología, como ciencia que reconstruye el pasado, está desligado del coleccionismo, que es más bien visto como una práctica malsana e ilegal, que provoca la destrucción de los sitios arqueológicos. El arqueólogo italiano Riccardo Elia ha señalado que *el verdadero huaquero es el coleccionista*, y con ello ha puesto el dedo en la llaga de un problema que nadie quiere ver ni asumir. En Europa, el nivel de concientización sobre la cuestión ha llegado a tal punto, que el arqueólogo Colin Renfrew fue grandemente criticado por publicar un libro basado en el estudio de colecciones privadas, obtenidas indebidamente.

Cuando los organismos nacionales e internacionales, encargados de velar por la preservación de los sitios y evitar el tráfico de antigüedades, crearon leyes para controlarlos, sólo condenaron el huaquerismo y no el coleccionismo. Una vez más se condenaba al huaquero, generalmente un campesino que “huaquea” por simple ignorancia de la ley, o por aprovechar la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida. Al mismo tiempo, la ley nada dice sobre los que mantienen el sistema de huaqueo, que son los coleccionistas. Algunos incluso creen que el Estado debe otorgarles medallas y premios por “salvaguardar” el patrimonio cultural. Otros han fungido de presidentes de la Casa de la Cultura, de instituciones culturales, del mismo Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC), y hasta de Ministros de Educación y Cultura.

En Ecuador, los inicios de la arqueología no fueron diferentes de los de Europa. Acaudalados lugartenientes y sacerdotes amasaron grandes cantidades de piezas y cre-

aron sus propias colecciones, pero muy pocos realizaron análisis de sus materiales o publicaron sus resultados.

Posteriormente, el Banco Central del Ecuador creó su sistema de museos con la novelera idea de llenar sus reservas mediante la adquisición de piezas. Las inmensas cantidades de dinero empleado en la compra de estas piezas habrían podido subvencionar proyectos arqueológicos en todo el país, de los que se hubiera obtenido igual o mayor cantidad de piezas, pero esta vez con una historia detrás de las mismas. Si se hubiera procedido de esta manera, no nos veríamos ahora frente al fiasco de no estar seguros de dónde proviene el famoso sol de oro del Banco Central, pues al parecer hay confusión en el coleccionista que vendió la pieza al museo.

En la actualidad, el gran presupuesto facilitado por el estado al Área Cultural del Museo del Banco Central va dirigido a la catalogación, curación y conservación de piezas arqueológicas obtenidas en procesos ilícitos de excavación clandestina. La reserva de los museos del BCE constituye un verdadero elefante blanco que exige anualmente una carga monetaria gigante al erario nacional. Una cantidad de piezas carentes de contexto arqueológico reproduce una historia mal contada y en la mayoría de los casos inventada.

Lo más grave, sin duda, es el doble discurso y el doble gasto que realiza el Estado, en la medida que mantiene una burocracia dorada llena de aficionados y semiprofesionales, que cuidan piezas compradas a individuos que han causado la destrucción de una gran parte de la historia nacional, todo ello mientras paralelamente mantiene un INPC que debe hacer justo lo contrario, es decir combatir las excavaciones ilícitas.

Por muchos años, los bancos privados también compraron piezas y colecciones, y

las mantuvieron en algunos museos para mostrar su “preocupación” por la cultura. Sin embargo, durante el salvataje bancario, no pagaron su deuda al Estado con dinero contante y sonante, sino con la entrega de esas mismas colecciones obtenidas fraudulentamente. De seguro que esto fue un negocio redondo para los coleccionistas y una gran pérdida para el estado. Primero, por la destrucción del patrimonio cultural que alimentó estas colecciones, y luego por cobrar deudas con estas piezas que obviamente fueron obtenidas ilícitamente, y que de acuerdo con la ley fueron siempre propiedad del estado.

Lejos estamos de considerarnos una sociedad en la que los científicos estén a cargo de los trabajos que demandan conocimientos científicos. Los huaqueros-coleccionistas hacen de las suyas y muchas veces tienen mejores relaciones con el INPC que el mismo arqueólogo. El INPC, en muchos casos, en vez de facilitar la labor científica, la ha coartado mediante el uso de una maraña de trámites burocráticos, mientras los sitios siguen destruyéndose en forma acelerada. Un colega extranjero me dijo una vez, que en este país es más fácil ser coleccionista que arqueólogo, pues el primero es más respetado y escuchado y considerado hasta para premios importantes de contribución a la cultura.

Si eso es verdad, creo que ya es hora de cambiar. Las nuevas generaciones son las llamadas a trabajar con un mínimo de sentido común. Si combatimos el huaquerismo debemos estar claros que el causante del mismo es el coleccionismo, pues si hay demanda habrá oferta. Si las intenciones de los coleccionistas son defender el patrimonio, pues que pongan sus recursos para la investigación y hagan acuerdos con el INPC para que les den las piezas en comodato para sus colecciones, con reglas claras de acceso que el público debe tener.

Los estudiantes, egresados y arqueólogos debemos ser más cuidadosos con quienes trabajamos. Sólo un cambio en la ética de los profesionales hará que no se mezclen huaqueiros, coleccionistas y pseudo-arqueólogos con los profesionales serios que sí tiene este país. Debemos ejercer las presiones necesarias para que el INPC se maneje de forma técnica y no política y que sus reglamentos sean coherentes con su razón de ser, que es la de proteger el patrimonio cultural de la nación. El naciente Colegio de Arqueólogos debe luchar por cambios en el sistema de leyes y por la reconstrucción de la historia verdadera del antiguo Ecuador.

Los obeliscos egipcios, obsesión occidental

Andrea Yáñez A.

La civilización egipcia es una de las más enigmáticas del mundo. Y entre los monumentos emblemáticos que nos han dejado los antiguos egipcios (v.g. las pirámides de Giza, los cientos de templos, como Luxor, Karnak, Edfú, Abú Simbel, etc.), ninguno es tal vez más enigmático que los famosos obeliscos.

Estos inmensos bloques monolíticos, generalmente de granito rojo de Aswan, son de sección cuadrangular, terminados en una punta llamada “piramidón”, con altura que fluctúa entre 1 m. y 30 m. Los jeroglíficos tallados en sus costados, y que aumentan de tamaño a medida que se acercan al piramidón, tratan acerca de los sucesos que impulsaron la creación de dicho “tején” (obelisco, en árabe). Generalmente erigidos en parejas,

estos monumentos están cargados de simbolismo religioso.

El obelisco representa una ofrenda al dios Ra, y el piramidón simboliza los rayos del sol que ilumina la tierra. Cuenta la leyenda que Set dio muerte a su hermano Osiris y dividió su cuerpo en doce partes, que fueron dispersadas por todo Egipto, excepto una que fue ocultada. Isis, esposa de Osiris y diosa de la magia, belleza y fertilidad, se encargó de buscar todas las partes y las unió con su magia, cayendo finalmente en cuenta que, al faltarle una parte de su amado, le era imposible completar el cuerpo de Osiris para tener un hijo con él. En tal circunstancia, Isis convirtió a Osiris en obelisco y ella se transformó en halcón hembra que, al posarse sobre el piramidón, quedó embarazada de Horus.



El conocimiento de la cultura egipcia despertó en Europa la obsesión por los obeliscos que, poco a poco, encontraron camino hacia las plazas de las ciudades occidentales. Sin embargo, en la cantera de Aswan se en-

cuentra aún el famoso “obelisco inacabado”, una mole de granito de 40 m. de altura, que la reina Hatchepsut pensaba ofrecer a los dioses como el obelisco más alto del imperio. Una fisura existente en la piedra detuvo la terminación de esta obra, permitiendo a los egiptólogos reconstruir el proceso de elaboración de los obeliscos.

Se ha determinado que inicialmente se hacía un corte, posiblemente con bolas de dolerita, a los costados del bloque, introduciendo luego en las fisuras trozos de madera de sicomoro, a los que se les humedecía para forzar la dilatación y expansión del granito. El tallado de los jeroglíficos se realizaba en la misma cantera, pero solo en tres de los cuatro lados del monumento. Posteriormente, era transportado en embarcaciones especiales, a lo largo del río Nilo, y luego colocado en tierra sobre trineos de madera para llevarlo a su destino final. Una vez en el templo, el monolito era levantado con cuerdas o palancas, según el tamaño y su peso, sobre un lecho de arena. Para el tallado del cuarto lado, se construía una rampa de arena de la altura del obelisco, reduciéndola paulatinamente de altura, a medida que los jeroglíficos eran esculpidos desde el piramidón hacia abajo. En los toques finales, en algunas ocasiones, se procedía a recubrir con oro la mitad del obelisco, como puede observarse aún en uno de los obeliscos de la reina Hatchepsut, en el templo de Karnak.

La fiebre del arte antiguo, que surgió en Occidente, ha determinado que mucho del patrimonio cultural egipcio se encuentre regado por el mundo. Hay actualmente obeliscos en Estados Unidos, Roma, Francia, Inglaterra y Turquía, cuya posesión es defendida por estos países por una variedad de razones. Algunos afirman que los tienen porque fueron regalos del gobierno egipcio en agradecimiento por un favor recibido. Tales son

los casos de los obeliscos que se encuentran en el antiguo hipódromo romano de Estambul, Turquía, o el de Nueva York, que al parecer fue donado por Nasser en reconocimiento al gobierno norteamericano por la ayuda prestada en la construcción de la represa de Aswan. La mayoría de los obeliscos que se encuentran en Roma fueron llevados por los emperadores, luego de la conquista de Egipto, o simplemente replicados para dar mayor alegría a sus plazas.

Los obeliscos de la Piazza della Trinitá dei Monte, de la Piazza de San Pietro, de la Piazza del Popolo, de la Piazza de S. Giovanni in Laterano, etc., todos tienen su propia historia. El más famoso se encuentra en la Plaza de la Concordia de París. Unos dicen que un gobernante egipcio lo cambió a las autoridades francesas por un reloj que está colocado en el patio de una mezquita egipcia y que ni siquiera funciona. Otros dicen que la esposa de Napoleón lo pidió como presente a Champollion, quien lo trasladó a París y lo levantó en la plaza mencionada el 22 de octubre de 1836.

De los 27 obeliscos egipcios conocidos, solo quedan 6 en Egipto. Sabemos que todos éstos deben retornar a su lugar de origen, pero las autoridades pertinentes han dado oídos sordos a las quejas egipcias y de la comunidad internacional. En este asunto, la presión de los arqueólogos debe desempeñar importante papel, ya que sus argumentos podrían ayudar a Egipto a la recuperación de su patrimonio cultural.

La aldea precolombina de Bandurria, Huacho, Perú

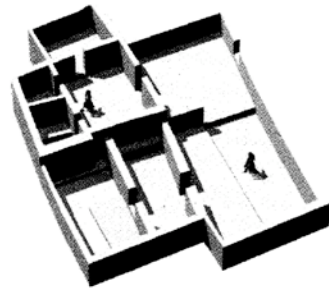
Alejandro Chu

Ubicado en la provincia de Huaura, a tan sólo 10 kilómetros al sur de la ciudad de Huacho, la aldea de Bandurria constituye uno de los sitios más importantes de la costa nor-central del Perú para entender los orígenes de la civilización en los Andes. Bandurria corresponde a un asentamiento que fue ocupado aproximadamente 1000 años antes que Caral, con una antigüedad de 5000 años antes del presente. Cronológicamente, el sitio está asignado al período Precerámico Tardío (3500 a 1800 años antes de Cristo).

La zona arqueológica comprende 23 hectáreas en las que se encuentran una extensa aldea y las primeras evidencias, en la región, de una arquitectura monumental sólo comparable con el sitio del Aspero, en el litoral del valle del Supe. El sitio se encuentra ubicado en un lugar privilegiado que permitió a sus antiguos habitantes tener acceso a variados recursos provenientes del mar, la albufera y las lomas próximas. Es en esta época cuando estos primeros habitantes del litoral huachano iniciaron la explotación del junco y la totora, confeccionando elaboradas y hermosas canastas y esteras. Esta población también cosechó el algodón, cuya fibra fue convertida en telas y cordeles para la confección de redes, que le permitieron una intensa explotación del mar.

Su descubrimiento fue un hecho accidental que lamentablemente destruyó parte del sitio arqueológico. Corría el año de 1973, cuando una inundación de la Irrigación Santa Rosa cortó al sitio, arrasando buena parte del sector sureste de la zona arqueológica. El Ing. Domingo Torero fue la persona que llamó la

atención de las autoridades sobre la irrupción de las aguas y rescató abundante material arqueológico, con apoyo de estudiantes y pobladores de Huacho. En este rescate se recuperó también gran cantidad de entierros, cuyos restos humanos se encontraban envueltos en fardos de esteras y telas entrelazadas con grandes piedras encima.



Posteriormente, la Dra. Rosa Fung realizó trabajos de investigación en los años de 1973 y 1977. En las excavaciones efectuadas en 1977, Fung (1988) reportó la existencia de pequeñas estructuras de cimientos de piedra y un pequeño montículo ubicado en el extremo suroeste del sitio, de clara función no doméstica. Parte de esta zona fue parcialmente limpiada y la evidencia estratigráfica mostró que corresponde a la ocupación final del sitio. Fung encontró dos claras ocupaciones precerámicas. La primera tiene fechados radiocarbónicos que van desde 4.500±80 A.P. (que correspondería a la base de esta primera ocupación), hasta 4.300±90 A.P. (correspondiente al nivel 3). La segunda ocupación no tiene fechas publicadas, pero estaría asociada con una población braquicefálica que empleaba canastas para los entierros de subadultos. El montículo antes mencionado

no ha sido estudiado en detalle, pero se le está asignando a la ocupación más tardía del sitio.

Estos trabajos recuperaron abundantes materiales arqueológicos, entre los que se destacan textiles entrelazados y canastas. También se recuperaron cuentas de piedra, una piedra “vestida” con un textil entrelazado en un entierro de niño, y una figura de arcilla sin cocer, en la base de la primera ocupación (Fung 1988). Estos trabajos llevaron al Arq. Carlos Williams (1980) a incluir a Bandurria como una “aldea con templo”, en su tipología sobre la arquitectura temprana en los Andes. Estos trabajos confirmaron la importancia del sitio arqueológico, cuyo fechado más antiguo es de 3550 años antes de Cristo, por ende la aldea más temprana asociada a arquitectura pública. Lamentablemente, Bandurria ha sido objeto de una destrucción sistemática que se inició con la inundación de la irrigación en 1973. En 2002, visitamos por primera vez el sitio arqueológico y notamos que se encontraba invadido y deteriorado por pobladores agrupados en la autodenominada Cooperativa Artesanal “José Olaya”, que ocupaba el lado sur del sitio con viviendas precarias y corrales. Estos pobladores se encuentran dedicados a la extracción del junco, la totora y el carrizo.

A raíz de una denuncia presentada por nosotros al Instituto Nacional de Cultura, el 29 de octubre del 2002, se declara Patrimonio Cultural de la Nación a la Zona Arqueológica Monumental de Bandurria, y se ha iniciado un proyecto de investigación a cargo del autor y de un equipo de arqueólogos y estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima. Este estudio busca, a través de excavaciones arqueológicas en área, definir las características de la ocupación precerámica de Bandurria y determinar los factores que permitieron a sociedades como

Bandurria llegar a niveles complejos de organización social, tal como se aprecia en Caral, la ciudad más antigua de América y cuna de la civilización en los Andes.

Los constructores de montículos de los Llanos venezolanos

Estanislao M. Pazmiño T.

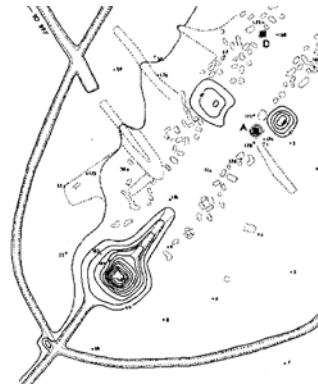
Los procesos culturales precolombinos que se desarrollaron en los llanos occidentales de Venezuela tienen su importancia, en razón de que reflejan una excelente respuesta a las condiciones medioambientales de la zona. Geográficamente, el área se caracteriza por una depresión del relieve que se encuentra entre los Andes Venezolanos y el escudo de la Guayana, comprendiendo las zonas conocidas como los Llanos Occidentales y del Orinoco Medio.

La uniformidad en el terreno, con apenas ligeras elevaciones, contrasta con la carencia de homogeneidad en cuanto a las características específicas del medio, siendo la principal los períodos de inundación que afectan a la mayor parte de la región (Zucchi y Denevan 1979). La gran cantidad de sedimentos acumulados en el cauce del Orinoco impide, en la estación lluviosa, el transporte adecuado de toda la cantidad de agua generada. Esto provoca no sólo su desbordamiento, sino también el de sus tributarios, cubriendo extensas zonas que, por ende, han sido vistas como improductivas e inadecuadas para sostener asentamiento alguno. No obstante, el registro arqueológico nos muestra lo contrario, ya que en la zona existió un alto nivel de ocupación humana, con sociedades que desarrollaron diversas estrategias para asegurar su subsistencia.

Los procesos culturales de los Llanos de la cuenca del Orinoco fueron producidos por varios flujos poblacionales hacia áreas que aparentemente no prestaban las mejores condiciones para un amplio desarrollo social (Sanoja y Vargas 1976). En este contexto, Zucchi y Denevan (1979) han señalado que una de las causas de la ocupación de zonas anegadas por los ciclos de inundaciones anuales fue la presión ejercida por grupos en conflicto, cuyo desenlace habría generado movimientos migratorios. Esta situación debió haber llevado a las poblaciones desplazadas a crear prontamente estrategias de adaptación a zonas menos hospitalarias. En efecto, los sistemas de camellones y campos elevados hallados en la región sugieren que sus constructores supieron aprovechar exitosamente los períodos de inundación y sequía de su nuevo habitat.

En la etapa cultural temprana (1000 a.C. hasta 400–500 d. C.), varios grupos de la cultura Caño del Oso se habrían asentado precisamente en las zonas con mejores tierras agrícolas (a las que destinaron especialmente para el cultivo de maíz), donde los ciclos de inundaciones eran más cortos (Zucchi y Denevan 1979). Estos grupos se habrían expandido por los Llanos Occidentales manteniéndose en ecosistemas similares y de condiciones favorables. No obstante, las posteriores influencias migratorias, básicamente de grupos arauquinoides, habrían ocasionado presiones demográficas que introdujeron: "...a) el desarrollo e implantación de un sistema agrícola intensivo particularmente adaptado a las sabanas inundadizas; b) el inicio de una migración importante hacia los sectores bajos del Orinoco y, c) la penetración y asentamiento de diferentes grupos Arauquinoides en los Llanos Altos Occidentales al norte del río Apure, o sea, en el área osoide" (Zucchi y Denevan 1979).

Este nuevo escenario introducido por los flujos migratorios está documentado arqueológicamente por la presencia de un sinnúmero de construcciones artificiales de tierra, en forma de montículos habitacionales y campos elevados de cultivo. Estos elementos son claves para entender como se articularon políticamente, en la región, las diferentes comunidades. Varios sitios con montículos son los testigos de un pasado ligado a un gran manejo de las obras públicas, sostenido sin duda por una jerarquía que controlaba la organización del grupo.



Los montículos, ubicados en los sitios descritos por Zucchi y Denevan (1979), son mas bien bajos (1 m. aproximadamente de altura) y pequeños (22 m. de diámetro en promedio), sugiriendo la existencia de unidades habitacionales aisladas, vinculadas a los campos de cultivo. No obstante, la producción agrícola no ha sido aún dilucidada, en cuanto a variedad y cantidad de la misma. Por la gran extensión de los campos elevados, se especula que éstos podrían haber generado suficiente excedente para una concentración po-

El camino inca de la Costa Tramo Paredones-Puerto de Bola

Julio Mena Tapia

En la sociedad humana, los caminos constituyen el elemento principal de la integración espacial. No sorprende entonces que los Incas hayan sido grandes constructores de caminos, a los que dotaron de infraestructura adecuada para su funcionamiento (tambos, puentes, chasquiways, etc.). La ruta principal iba de Sur a Norte, y de ésta se desprendían ramales o caminos secundarios hacia la Costa y hacia la selva oriental. En el sur del país, la antigua ciudad de Tomebamba tenía una amplia red vial, de la que destacamos la vía hacia la Costa, que fue parcialmente investigada por el autor y Miguel Fonseca, en el marco del Taller de Arqueología dirigido por el Profesor Ernesto Salazar.

Este camino costero salía de Tomebamba hacia Occidente, cruzando el macizo del Cajas y tomando luego la llanura costera hasta llegar a un punto de la costa ubicado frente a la isla de Puná, y conocido en la Colonia como Puerto de Bola, utilizado para traficar las mercaderías entre Cuenca y Guayaquil. En la época republicana, se trazó también por la misma zona el llamado "camino de García Moreno". Finalmente, hace pocos años se pudo terminar la construcción de la moderna carretera que permite un acceso rápido a la costa y a Guayaquil.

La vía inca ha sido ya parcialmente explorada por el arqueólogo Jaime Idrovo, de modo que nos concentramos en el tramo menos conocido, que va desde Paredones de Molleturo, al filo occidental del Cajas, hasta el legendario Puerto de Bola. El tambo real de Paredones consta aproximadamente de diez recintos y capacían de entrada y salida,

blacional considerable. Por lo tanto, los montículos dispersos estarían relacionados con el cuidado y manejo de los campos de cultivo, mientras los sitios de montículos agrupados serían los centros poblados localizados en las proximidades de los sitios de producción.

Las construcciones artificiales de tierra están atribuidas a la gente "Osoide", que habría adoptado dicha técnica por influencia de grupos arauquinoides, que comenzaron a ocupar zonas inmediatas a los asentamientos osoides. Sin embargo, se señala que el perfeccionamiento y diversificación de las construcciones habrían estado a cargo de los grupos de Caño del Oso.

La construcción de los montículos precolombinos en Llanos de la cuenca del Orinoco respondió a los procesos culturales mencionados y a las condiciones medioambientales existentes. El registro arqueológico disponible constituye un claro indicio de que, en la región amazónica, se desarrollaron estructuras sociales bastante complejas que, si bien reflejan un sistema de organización distinto al que han mantenido los pueblos indígenas amazónicos en los últimos siglos, descubren similares problemáticas sociales en las que las presiones medioambientales generan respuestas culturales.

La cita de "Apachita"

"Lo bueno de casarse con un arqueólogo es que mientras una más envejece, más interesante se vuelve a los ojos del marido".

Frase atribuida a la novelista Agatha Christie, casada con el arqueólogo Max Mallowan.

restaurado recientemente, el cual nos permitió tomar con seguridad la ruta inca de la Costa. La estrategia de trabajo consistió en tomar lecturas de GPS en puntos claves del camino (curvas principalmente), para luego ubicarlas en las cartas topográficas, y trazar el camino explorado, registrando en libretas de campo las características de la vía y del entorno. En la primera fase del trabajo logramos ubicar el tramo que va desde Paredones de Molleturo hasta la ciudad de Naranjal, donde el camino desaparece destruido casi en su totalidad por el urbanismo. La segunda fase fue dedicada a buscar los puertos antiguos de la costa, incluyendo el de Bola, con sus respectivas salidas al mar, y sus probables conexiones con el camino inca.

A partir de Paredones de Molleturo (3.500 m. de altura), el camino desciende rápidamente hasta el pueblo de Hierba Buena, donde se puede apreciar una vía de 2 m. de ancho, no empedrada. Sin embargo, la gran cantidad de piedras desplazadas que se ven a orillas del camino, sugiere que el mismo debió haber estado empedrado; es muy probable, además, que la abrupta pendiente por la que cruza el camino haya contribuido a la destrucción del empedrado. Al final de este descenso, a 1.800 m. de altura, encontramos una estructura circular construida con un muro de piedra de 1.05 m. de alto y 90 cm. de ancho. La estructura tiene aproximadamente 10 m. de diámetro, con una entrada de 1 m. de ancho, y por su tamaño, parece tratarse de un chasquiwasi o un pequeño puesto de descanso, ya que de ordinario, el tramo de Molleturo a Naranjal se hacía en una sola jornada de viaje.

Desde aquí, el descenso es mucho menos pronunciado, y se entra en los llanos costeros por un camino bien conservado y empedrado en su mayor parte. La vía alcanza los 6 m. de ancho y, en el descenso a los ríos,

adopta la forma de culunco, a veces con escalinatas. La cultura material es escasa, pero se han observado metates precolombinos sirviendo de recipientes de comida y agua para los animales domésticos del sector. A la altura del río Pescado y de la hacienda homónima, el camino inca se une al construido en la época republicana por García Moreno, y aquí la vía recibe intenso tráfico de los negociantes de ganado, que inclusive se han organizado para mantenerla en óptimas condiciones. Este camino llega hasta la ciudad de Naranjal, donde desaparece totalmente a causa de la expansión urbana y la superposición de la carretera principal, construida hace pocos años.



Alrededor de Naranjal, nos encontramos con varios puertos, entre los que se destacan Santa Rosa de Flandes (a orillas del río Naranjal), utilizado en la época de la colonia y hoy abandonado. Posteriormente, en la época republicana, se estableció el puerto Baquerizo Moreno, que también fue abandonado por la fuerte sedimentación de los cauces de los ríos. El puerto de Bola es el más antiguo

de la zona. Se encuentra a orillas del río Agua Prieta, al interior de la hacienda Bola de Oro. Se halla en medio de un manglar, y no se observa cultura material, aunque la información oral da cuenta de restos de barcos y muros de arena que fueron destruidos por los programas ecológicos de restablecimiento del manglar. A 500 metros del lugar donde se presume que se encuentra el puerto de Bola, el río Agua Prieta se une con el San Pablo o Cañayacu, y juntos desembocan, 5 Km. más adelante, en el canal de Jambelí. Al frente de la desembocadura, se divisa la isla Puná, con la que el Puerto de Bola debió haber mantenido intenso comercio desde tiempos precolombinos. Hoy el tráfico se hace por los puertos comerciales modernos, quedando estos viejos puertos de la historia como embarcaderos de las camaroneras y de los piratas contemporáneos.

Los arqueólogos y la protección divina

Ernesto Salazar

Tantas cosas pasan en la vida, que cualquier persona con problemas en su trabajo tiene que buscar, en algún momento, la protección de entes sobrenaturales. Ahora están de moda los ángeles guardianes, pero antes de ellos ya la Iglesia se había preocupado de proporcionarnos santos patronos. Los sastres, los carpinteros y los tejedores los han tenido por siglos, inclusive representados con iconografía fija, alusiva a la labor que realizan. Pero el mundo globalizado ha creado nuevos oficios (digitadores, "plotteadores" de mapas, maquiladores, asesores de imagen, etc.) que buscan sin duda patronos para sus trabajos. Sabemos ahora que la Internet tiene su patrono en el beato Santiago Alberioni, y que hasta los ladrones arrepentidos tienen el suyo (San Dimas, ¿quién más?). ¿Qué pasa enton-

ces con esa pléyade de nuevos esforzados que buscan protección divina, entre los cuales nos encontramos los arqueólogos? Pues me place contarles que no nos está yendo mal; mas bien todo lo contrario.

Según el *Catholic Forum*, los patronos de los arqueólogos son San Dámaso, Santa Elena, y San Jerónimo. El primero es Dámaso I (306-384 A.D.), trigésimo séptimo pontífice de la Iglesia. Se conoce que, en su pontificado, tuvo que luchar contra el Arrianismo y otros cismas menores, pero logró declarar el Cristianismo como religión del estado romano. Entre otras cosas pías, Dámaso I organizó el Archivo Vaticano, restauró catacumbas, ermitas y tumbas de mártires. Dicen que quiso ser enterrado en las catacumbas, junto con los primeros mártires, y al parecer se salió con la suya. Es patrono únicamente de los arqueólogos y su fiesta se celebra el 11 de diciembre.

San Jerónimo (340-420 A.D.), que tenía también el eufónico nombre compuesto de Eusebio Jerónimo Sofronio, fue de familia pagana, y estudió Leyes en Roma. Convertido y bautizado en 365, estudió Teología y se hizo monje eremita, viviendo por muchos años en el desierto de Calcis (Siria). Eventualmente, fue nombrado secretario del papa Dámaso I, que lo comisionó para revisar el texto latino de la Biblia. Su trabajo de 30 años culminó con la traducción llamada *Vulgata*, todavía en uso en los lugares no invadidos por la Biblia de Jerusalén. Elevado a la categoría de Doctor o Padre de la Iglesia, su figura se ha asociado con rollos, manuscritos, catálogos y traducciones. Es patrono no sólo de los arqueólogos, sino también de los archiveros, los estudiosos de la Biblia, los bibliotecarios y los traductores. Su fiesta se celebra el 30 de septiembre.

En cuanto a Santa Elena (250-330 A.D.), fue romana pagana, convertida tardíamente al cristianismo. Casada con Constancio Cloro, corregente del imperio romano occidental, fue abandonada por este, en favor de otra mujer. Pero como fue madre de Constantino el Grande, llegó a gozar temporalmente del poder político. A edad avanzada, llevó un grupo a la Tierra Santa en busca de la Vera Cruz. Eusebio señala que Elena exploró Palestina “con discernimiento notable”. Al enterarse de que la cruz estaba enterrada cerca del Santo Sepulcro de Jerusalén (donde se había erigido un templo a Venus para el culto idólatrico de los lugareños), consultó con algunos expertos, y procedió a destruir el templo pagano y a limpiar los derrubios superficiales del lugar. Luego excavó en gran profundidad, hasta encontrar tres cruces y los clavos con que fue crucificado el Señor. Para identificar la cruz de Jesús, hizo que una mujer de enfermedad incurable tocara cada una de las cruces, declarando como verdadera la que la curó instantáneamente. En el lugar de los acontecimientos, Elena construyó la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén o Iglesia del Sepulcro, que aún se conserva en pie. Es patrona de los arqueólogos, los conversos, los que tienen matrimonios difíciles y los divorciados. Su fiesta se celebra el 18 de agosto.

Ahora bien, si el arqueólogo devoto espera encontrar, en la iconografía religiosa, a sus patronos representados con un bailejo en la mano o la Tabla de Colores de Munsell bajo el brazo, va a quedar decepcionado. Tienen leones, tiaras, plumas de ave, cualquier cosa, menos los instrumentos de nuestro quehacer cotidiano. Realmente, la Iglesia debió establecer primero el perfil del arqueólogo contemporáneo, para darnos un patrono más afin con nosotros. En efecto, nuestros protectores “suenan” arqueológicos, solamente en la medida que son muy antiguos, concretamente de la época romana y de los

primeros siglos del cristianismo; además, son medio ascetas, medio ermitaños, cosa que en general contrasta con el medio hedonismo de los arqueólogos actuales. Más aún, sus fechas de nacimiento y muerte varían mucho, según las diferentes autoridades, lo que me parece embarazoso para un gremio como el nuestro tan obsesionado por la cronología. Y en este punto hay que ser categóricos. No nos importa, en último término, cual sea la naturaleza beatífica de nuestros protectores, pero su existencia debe estar simplemente bien datada. Urge entonces que, en algún congreso, tomemos la decisión de someter a nuestros santos a una prueba de Carbono 14.



En todo caso, enunciados nuestros guardianes, debo señalar que no está nada claro por qué tenemos tres patronos, y si esta situación es una ventaja o un “handicap”. Una hipótesis puede ser la alta densidad demográfica de santos, muchísimos de los cuales no tienen protegidos, lo que, en las esferas celestes, significa poco menos que soledad total (i.e. sin iglesias, sin imágenes, sin jacula-

torias, sin lugar destacable en una letanía, etc.). La otra hipótesis, más viable por cierto, es que el nombramiento de patronos múltiples está acorde con la personalidad compleja de los arqueólogos, que bien pueden pasarse la vida leyendo los manuscritos del Mar Muerto, excavando catacumbas, o peleándose con su mujer, todo lo cual indudablemente no puede ser cubierto por un sólo santo patrono.

Un análisis exhaustivo de la santa persona sugiere que San Dámaso puede ser venerado por esos arqueólogos que andan enfrentándose a los cismas teórico-prácticos de la arqueología ecuatoriana, esperando que algún día triunfe la teoría sobre las malas prácticas. Por lo demás, su labor de mera restauración de las catacumbas no va muy bien con la del arqueólogo, que prefiere otras metas para su disciplina. Por último, el día de su fiesta me parece horrible, ya que se ubica entre las fiestas de Quito y la Navidad, o sea en ese intermedio decembrino de abulia total. Simplemente, no lo vamos a festejar.

A San Jerónimo se lo ve muy libresco, y dudo que sea un patrono idóneo para nosotros. Sin embargo, para ser positivo, diría que puede ser patrono de los arqueólogos de escritorio, de los editores de revistas de arqueología y de los traductores de artículos científicos en lenguas extranjeras. Mirando el asunto con más condescendencia, la vida ermitaña del santo podría ser un remoto rasgo de relación con los arqueólogos; de manera que un colega botado en media selva por el helicóptero de una petrolera bien puede invocar su protección. Un problema espinoso es el día de su fiesta, que coincide con la finalización del trabajo de campo, que significa levantar las carpas, preparar maletas, embalar los tuestos, y hacer otras cosas más apremiantes que acordarnos de San Jerónimo.

Toda esta crítica constructiva la hago porque yo me inclino definitivamente por Santa Elena que, al menos, parece haber acumulado alguna experiencia de campo. No hay duda que hizo algún reconocimiento arqueológico previo a sus excavaciones, que de paso las realizó a cabalidad y con éxito notables. Además, su prueba de la mujer enferma muestra que manejaba adecuadamente la Teoría de Rango Medio. Me gusta mucho que su fiesta sea en Agosto, porque es el mes en que la mayoría de arqueólogos del mundo está en trabajo de campo. Y el hecho de que, bajo su manto, nuestro patronazgo lo compartamos con los divorciados y con los que tienen problema maritales, solo muestra que nuestra Santa Madre Iglesia, tuvo la admirable intuición de agrupar a gente con las mismas debilidades.

Por cierto, no es mi interés caer en desgracia con los santos patronos. Porque a la hora de extraviar los diarios de campo, de romper las ollas *in situ*, o de perder a la esposa lejana, alguno de estos santos, según su especialidad, nos puede ser útil en nuestras amarguras. Ojalá algún día tengamos un santo salido de nuestras propias filas, y representado con una iconografía más acorde con los tiempos; algo así como un hombre o mujer, sentado/a en una roca, frente a unas ruinas, con un halo alrededor de su cabeza cubierta con sombrero o gorra de tennis, y adornado/a de otros elementos iconográficos imprescindibles, como una mochila, un GPS, un mapa topográfico y, a sus pies, un perrito ruina, lamiéndole la bota. Como esto suena bastante improbable, al menos en el futuro inmediato, quedémonos con los santos que tenemos, y comencemos agradecidos a rezar la por ahora pequeña letanía del arqueólogo:

San Dámaso, *Ora pro nobis*. Santa Elena, *Ora pro nobis*. San Jerónimo, *Ora pro nobis*.



El Quinche

Oscar Cajas

Posiblemente todos conocemos la ciudad de El Quinche por la famosa peregrinación mariana que, año tras año, se realiza a su santuario; sin embargo, la mayoría ignora los antecedentes precolombinos del lugar, que desempeñó importante papel como eje comercial de la zona norte de la hoya de Quito.

Algunas referencias arqueológicas sobre el poblado de El Quinche reportan una considerable concentración poblacional en la zona. Así por ejemplo, Jijón y Caamaño (1914), uno de los primeros investigadores de la arqueología ecuatoriana, menciona que "... la gran cantidad de alfarería, carbones y cenizas de las fogatas, además de abundantes huesos de llama y aves del lugar, demuestran que, que durante un largo lapso de tiempo, la civilización de los aborígenes del Quinche permaneció estacionaria". Esto hace pensar que la zona fue ocupada mucho antes de la llegada de los incas, a juzgar por el consumo de camélidos y aves, cuyos restos se encuentran en los sitios arqueológicos.

Por su ubicación geográfica, El Quinche mantuvo estrechas relaciones de tipo comercial y ceremonial con poblados precolombinos de los valles aldeaños, como Guayllabamba y los Chilllos, además de estar estrechamente vinculado con los pueblos de las estribaciones orientales andinas, como

Oyacachi, según se aprecia en la tradición oral referente al origen la Virgen del Quinche.

Paralelamente a la actividad comercial que se habría desarrollado en la región de El Quinche, debió existir un importante manejo de la actividad religiosa, reflejado en la serie de montículos probablemente ceremoniales que existían en la zona. Al describir uno de estos montículos, Jijón y Caamaño señala: "... no vacilaríamos en llamarle "sacred enclosure", ya que su forma bien claramente demuestra que no es una obra defensiva sino un edificio religioso". Estas características, junto con la alta productividad de la zona, habrían justificado la ocupación inca del asentamiento, como señala Tamara Bray (2003), especialista en temas incas de los Andes Septentrionales.

En tiempos incas, la zona habría adquirido carácter multiétnico en razón de la deportación sufrida por la gente local, luego de la guerra que los incas iniciaran contra los Caranquis, hallándose gente de pueblos como Angara, Cañari, Guango, Tacuri, entre otros, probablemente reubicados con el fin de garantizar la zona.

El sistema de hacienda impuesto en la zona por la conquista española, y la evangelización promovida desde el pueblo antiguo del Quinche, sugieren que la región estuvo densamente poblada llegando a constituir un importante centro comercial y religioso. El Quinche fue uno de los principales poblados en evangelizar las estribaciones orientales, al punto de convertirse en santuario de la Virgen traída desde Oyacachi, ya sea por los mismos indios o por la autoridad religiosa de El Quinche. Tomando en cuenta las evidencias arqueológicas, históricas y etnográficas, numerosas aunque no suficientes para la reconstrucción del pasado de la zona, pode-

mos señalar que la relevancia religiosa ha occultado por muchos años la relevancia histórico-arqueológica de la comarca. En su largo peregrinar histórico, El Quinche ha optado por una misión religiosa de impresionante sentido colectivo, que junto con otros santuarios como los de la Virgen de Agua Santa de Baños, y la Virgen del Cisne en Loja, constituyen ejemplos de la fuerza de la religiosidad popular en el Ecuador.



Robert E. Bell (1914-2006)

El 1 de enero, el Dr. Robert E. Bell, Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Oklahoma (EE.UU), rindió finalmente su tributo a la vida, a la edad de 91 años. Aunque la mayor parte de su contribución científica la hizo en Estados Unidos, particularmente en el área Caddoan y de Spiro Mound y en temas referentes a la prehistoria de Oklahoma, Ecuador debe a Robert Bell la iniciación de los estudios sobre el poblamiento inicial del país. Incentivado por los hallazgos superficiales de una rica industria de obsidiana y basalto en las faldas del

cerro Ilaló (Pichincha), hechos por el geólogo estadounidense Allan Graffham y la arqueóloga argentina radicada en el país, María Carlucci de Santiana, Bell excavó en 1961 el sitio de El Inga, conocido hoy como uno de los asentamientos más tempranos de los cazadores recolectores precolombinos. Los materiales recuperados incluían numerosos utensilios, como raspadores, raederas, cuchillos, y una gran variedad de puntas de proyectil, entre las que se destacan las llamadas de "cola de pescado" conocidas ya por haber sido halladas en el sur de Sudamérica (cueva de Fell), en contextos de 11000 años de antigüedad. Además se reportó la presencia de una tecnología de láminas bien desarrollada, y de la tecnología del buril, poco conocida entonces en otros sitios tempranos del continente. En fin, la datación de muestras de carbón indicaban que El Inga fue ocupado por unos cinco mil años, desde el 7080 a. C. hasta 1969 a. C. En 1965, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, publicó su informe intitulado "*Investigaciones Arqueológicas en el sitio de El Inga, Ecuador*", en edición bilingüe en español e inglés que, acaso por su edición limitada, se ha convertido en ítem raro de la bibliografía arqueológica ecuatoriana. Por ello ha sido una grata sorpresa que el Sam Noble Oklahoma Museum of Natural History lo haya reimpresso recientemente (2000), en formato grande que permite destacar las excelentes ilustraciones que acompañan esta monografía. Posteriormente, Bell amplió sus investigaciones con un reconocimiento arqueológico de toda la zona del Ilaló hasta las estribaciones de la Cordillera Oriental, encontrando numerosos sitios precerámicos, cuya publicación, "*Investigation of the El Inga complex and preceramic occupations of highland Ecuador*", fue realizada por el Office of Research Administration de la Universidad de Oklahoma (1974). Las investigaciones de Bell contribuyeron a llamar la atención sobre el precerámico ecuatoriano, e

influyeron directa o indirectamente en la excavación de la cueva de Chobshi por Thomas Lynch, la introducción del método de datación por hidratación de la obsidiana en la arqueología del Ijaló, las numerosas publicaciones de William Mayer-Oakes (principalmente *El Inga, a paleo-Indian site in the Sierra of Northern Ecuador*), y el análisis de varias colecciones de superficie de sitios del Ijaló (i.e. Chinchiloma, Pucara y San Cayetano), realizados por el suscrito luego de su ingreso en la Graduate School del Departamento de Antropología de la Universidad de Oklahoma, justamente por invitación de Robert Bell. En nota personal, quiero consignar mi imperecedera gratitud para quien fuera mi maestro, mentor y amigo. La arqueología ecuatoriana deja una chuquiragua eterna en la tumba de Robert E. Bell.

Ernesto Salazar

Donaciones

El Laboratorio de Arqueología agradece cumplidamente a la siguientes personas por la donación del 25% de su impuesto a la renta para el equipamiento del mismo: Jorge Cargua Quishpe, Guadalupe Cruz D'Howitt, Florencio Delgado Espinoza, Tatiana Gómez Proaño, Ruth Gordillo Rodríguez, Nicanor Jácome B., Cristóbal Landázuri Narváez, Magaly Mancheno Mantilla, Gabriela Maldonado Pérez, Marcelino Vladimir Martínez, Jorge Moreno Egas, Segundo Moreno Yáñez, Alex Fabian Mejía Sandoval, Manola Pazmiño Lahuatte, Pietro Pigozzi, Diana Puente Rodríguez, Nelson Reascos Vallejo, Ernesto Salazar González, Betty de la Torre Rocha, y Josefina Vázquez Pazmiño.

Noticias frescas

Descubrimiento del Hombre de Flores. Aunque descubierto en 2004, el hombre de Flores hizo noticia en 2005, por el hallazgo de más restos y un inesperado escándalo. Encontrado en la cueva de Liang Bua, isla de Flores, Indonesia, esta nueva especie de homínido parece haber coexistido con el Homo sapiens hasta hace 18.000 años. El fósil principal, conocido como La Pequeña Dama de Flores, o simplemente *Hobbit*, muestra que este homínido era bastante pequeño, más o menos 1 m. de estatura, y con capacidad craneana menor que la del Homo sapiens. Su edad fluctúa entre 94.000 y 18.000 años, y parece ser una forma tardía (bastante!!) de Homo erectus, aunque no ha faltado quien diga que es una forma pigmea de Homo sapiens o neanderthalense. Para complicar las cosas, la Dama de Flores ha sufrido graves daños por manipulación inapropiada de sus restos en la Universidad de Gadjah Mada, Indonesia, como reporta el USA Today (noviembre 2005). Las investigaciones preliminares de Peter Brown y Michael Morwood, sobre este homínido, han aparecido en la revista *Nature*.

Rompiendo el código de los quipus. La revista Science Magazine ha anunciado los primeros logros en la lectura de los quipus peruanos, por parte de los investigadores Gary Urton y Carrie Brezine. El Khipu Database Project (Universidad de Harvard) compila información sobre los quipus existentes (unos 200 aproximadamente), dando códigos al color, la fibra, y los patrones de nudos. Utilizando como muestra un quipu encontrado en Puruchuco, Perú, Urton y Brezine han avanzado ideas sobre un lenguaje simbólico en el que la información contable, los varios niveles de chequeo de producción, el objeto los registros (llamas, artefactos de bronce, vestidos, etc.) y hasta el pueblo o ayllu que producía estos ob-

jetos, estarían codificados en los tipos de nudos, fibras y colores de las enigmáticas cuerdas peruanas.

Un sistema de escritura en Caral, Perú. Si el lector pensaba que los quipus eran únicamente incas, una interesante sorpresa le da el sitio de Caral, en la costa peruana (4600 años de antigüedad), donde se ha hallado un quipu, que parece sugerir, por un lado que la tradición de este sistema contable es muy antiguo en los Andes, y por otro, que la cultura de Caral puede ser la antecesora de la civilización inca.

El sitio Qué es La Corona. En la década de 1960, se descubrieron en varios museos del mundo una serie de paneles de caliza huastecas, con jeroglíficos mayas, particularmente el emblema de una cabeza de serpiente que identificaba a una ciudad desconocida. Por falta de datos adicionales, el arqueólogo Peter Mathews la denominó simplemente Sitio Qué? (Site Q). Excavaciones recientes en el sitio La Corona, Guatemala, han permitido recuperar nuevos paneles de caliza con trabajo igual al de los saqueados, y más aún con alusiones similares (especialmente el nombre de un jugador de pelota, Pavo Rojo o Gran Pavo), que han terminado de manera concluyente con el misterio del sitio Qué.

Escenarios antiguos

Si desea escaparse por un momento de la arqueología formal, *Apachita* le sugiere algunas novelas de ámbito prehistórico y protohistórico, algunas de ellas verdaderas máquinas del tiempo que le van a dar ganas de quedarse a vivir en el pasado...

Asensi, Matilde, 2005, *El origen perdido*, Planeta, Barcelona.

Auel, Jean M., 2002, *El clan del oso cavernario*, Fireside.
 Auel, Jean M., 2002, *Los cazadores de mamuts*, Fireside.
 Cornwell, Bernard, 2005, *Stonehenge*, Quinteto, Barcelona.
 Gear, W. Michael, y Kathleen O'Neal, 1996, *La tribu de la tierra*, Ediciones B, Barcelona.
 Gedge, Pauline, 1994, *La dama del Nilo*, Salvat, Barcelona.
 Haefs, Gisbert, 2002, *Troya*, Editorial Planeta de Agostini, México.
 Jacq, Christian, 2000, *El faraón negro*, Editorial Planeta de Agostini, Barcelona.
 Jennings, Gary, 1981, *Azteca*, Editorial Planeta, Barcelona.
 Madariaga, Salvador de, 1990, *El corazón de piedra verde*. Editorial Hermes, México.
 Mahfuz, Naguib, 2001, *Rhadopis, una cortesana del antiguo Egipto*, Edhasa, Barcelona.
 Malerba, Luigi, 1991, *El fuego griego*, Seix Barral, Barcelona.
 McCullough, Colleen, 2000, *El primer hombre de Roma*, Editorial Planeta, Barcelona.
 Mediano, Lorenzo, 2003, *El secreto de la diosa*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.
 Mediano, Lorenzo, 2003, *Tras las huellas del hombre rojo*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.
 Passuth, Laszlo, 1997, *El dios de la lluvia llova sobre Méjico*, Luis de Caralt, Barcelona.
 Peyramaure, Michel, 2005, *La tribu de los acantilados*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona.
 René, Elvio, 1982, *Las alas rotas del cóndor*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona.
 Salvado, Albert, 1999, *El mestre de Kheops*, Editorial Columna-Planeta, Barcelona.
 Serrano de Haro, Amparo, 1999, *Mujeres de mármol. Una arqueología sentimental*. Editorial Debate, Barcelona.
 Slaughter, Frank, 1964, *El espejismo de El Dorado*, Luis de Caralt, Barcelona.
 Vandenberg, Phillip, 1998, *El complot de los faraones*, Planeta de Agostini, Barcelona.
 Vázquez Figueroa, Alberto, 2000, *El Inca*, Planeta de Agostini, Barcelona. [Ed.]